

Oberdan Caletti

Evocación de Balmori

CLEMENTE HERNANDO BALMORI murió a principios de este año (1966). El vacío que deja su muerte, tanto en la vida universitaria como en el campo de las investigaciones lingüísticas y de la docencia, es muy difícil de cubrir. Su curriculum científico es vasto y eminente.

Balmori unía al rigor de su intelecto una peculiar dulzura de carácter que cautivaba prontamente a quienes le conocían. Su figura de investigador y de maestro se confundía así con una personalidad de ilimitada benevolencia, una benevolencia que debilitaba, muchas veces, la firmeza de sus convicciones.

Conocí personalmente a Balmori a fines de 1955 en la acogedora y luminosa ciudad de La Plata. Era el período inmediatamente posterior a la caída del peronismo, cuando la Facultad de Humanidades emprendía a ritmo febril el camino de su recuperación. Me tocaba reemplazar a Galletti en una inolvidable gestión que presidía Bernardo Canal Feijóo. La tarea era ardua y espinosa; mucho más ardua por el afán de mantener indeclinables el nivel y el prestigio que había alcanzado aquella gestión.

En torno a la secretaría de la Facultad de Humanidades se había formado una suerte de consorcio espiritual en el que viejos y jóvenes profesores, estudiantes y graduados, participaban con eufo-

ria en la suprema misión de revitalizar la Facultad.

Animados por esa fe que entonces no conocía desmayos, hombro con hombro, sumaban su entusiasmo juvenil, entusiasmo sin reservas, figuras eminentes como Francisco Romero, Vicente Fatone, Abraham Rosenvaaser, Alfredo Calcagno, Risieri Frondizi, Rodríguez Bustamante, José Luis Romero, Gino Germani, y muchos otros cuya palabra y cuya acción enfervorizaban el clima universitario platense y anunciaban perspectivas amplias y fecundas para la cultura argentina.

Hernando Balmori, con su inconfundible modestia y probidad, se había dado también enteramente al servicio de esta misión. De estos días databa mi fraternal e ininterrumpida amistad con Balmori, cuya frecuentación asidua me permitió descubrir en él cualidades humanas muy poco comunes.

Con impulso generoso y dinámico, Balmori había levantado el Departamento de Filología de la Facultad. En torno de él, un grupo brillante de profesores y discípulos no escatimaron esfuerzos ni midieron sacrificios para convertir a ese alto Instituto en lo que fue hasta su retiro de la Universidad de La Plata: uno de los centros de investigaciones filológicas y lingüísticas más importantes de América Latina.

EVOCACIÓN

Todas las mañanas Balmori aparecía a hora muy temprana en la secretaría de la Facultad. Con su proverbial suavidad planteaba los problemas de su Departamento, las angustias de su Biblioteca, las exigencias de su investigación y de su labor docente. Diariamente, al cabo de esas jornadas de labor que concluían muy entrada la noche, Balmori acumulaba y sumaba problemas, necesidades y pedidos que inexorablemente volcaba sobre mi despacho al amanecer siguiente. Y cuando ese cúmulo de problemas podía resolverse gracias a la obtención de medios o a la simple acción personal, su rostro se iluminaba con una sonrisa amplia, teñida de emoción y de gratitud, y más de una vez asomaba entre sus párpados una lágrima que no podían disimular sus gruesos y anticuados anteojos. Así consiguió Balmori, con perseverancia desprovista de estridencias, enriquecer con valiosas colecciones de revistas, libros y equinos de investigación el Departamento de Filología de la Universidad de La Plata, cuyo renombre trascendió con gran amplitud los límites de nuestro país.

Por esa época se me había confiado la organización de la Escuela de Humanidades en la ciudad de Resistencia, como instituto integrante de la incipiente Universidad Nacional del Nordeste. Muchos y muy complejos estudios preliminares demandó esa labor, y por las posibilidades que aquella importante región podía ofrecer a las investigaciones en materia de lingüística indigenista, había invitado a Balmori a participar en esos estudios. De esa colaboración nació la instalación del Instituto de Lingüística Americana con asiento en Resistencia, cuya dirección la ejercía el mismo Balmori, junto a quien habían constituido un brillante equipo Salvador Bucca e Ivar Dahl, con algunos de sus discípulos de las Universidades de La Plata y de

Buenos Aires. Aquel Instituto, por circunstancias de orden local, tuvo poca vida. Pero las investigaciones que nacieron en él y prosiguieron después en La Plata y Buenos Aires, fueron realmente fecundas para los estudios antropológicos que se desarrollan en nuestro país. De allí nació el análisis más completo que se haya llevado a cabo sobre las lenguas que hablan los diferentes grupos indígenas de la región chaqueña: los tobas, los vilelas, los maticos. Mientras Bucca se dedicaba a los tobas y a los maticos, con el asesoramiento fonético de Dahl, Balmori había concentrado sus esfuerzos en rescatar, a través de muy escasos testimonios supervivientes, la lengua de los vilelas.

Venía a Resistencia periódicamente, donde yo tenía a mi cargo la Escuela de Humanidades. Quería formar con gente del lugar algunos discípulos que, gracias a las relaciones lugareñas y al conocimiento topográfico de la zona, pudieran convertirse en colaboradores eficaces de sus investigaciones. Ciertamente es que en este aspecto se vio muy prontamente defraudado. Por sus propios medios y en forma personal exploró los grupos indígenas a su alcance, y descubrió en cierto momento a una viejita septuagenaria, sobreviviente de las casi extinguidas agrupaciones vilelas. Doña Dominga vivía a pocos kilómetros en las afueras de Resistencia. Habitaba una destartalada choza, recostaba a la sombra de una ceiba frondosa, y allí lo esperaba a Balmori, mate en mano, a las seis de la mañana. Llevaba yo a Balmori con la "estanciera" de la Universidad para buscar a doña Dominga y traerla a las oficinas del Instituto, donde grabadores de diferentes tipos estaban prontos para registrar el habla vilela. Doña Dominga se prestaba con curiosidad y con gusto a ese servicio, aunque, confusamente consciente del valor que debía representar, se

cotizaba a razón de cien pesos diarios, a los que Balmori agregaba unas botellas de vino, fuertes cigarros, paquetes de yerba, y de tanto en tanto algún vestido colorido que íbamos a comprar a las tiendas de la ciudad. Balmori adivinaba y pregustaba la alegría que estos obsequios procurarían a la viejita y que la conquistaba enteramente para sus exploraciones lingüísticas. Cuando ya no fue posible trabajar en Resistencia y, junto con otras cosas, se extinguió también el Instituto de Lingüística Americana, Balmori, poniendo en juego infinito ingenio y múltiples riesgos, consiguió hacer viajar a doña Dominga a La Plata. La instaló en una de las dependencias del Instituto platense, bajo los cuidados de la doctora Valdovinos, y en ambiente tan ajeno, tan extraño a la vida y a las costumbres de la anciana indígena logró llevar a término su obra: la elaboración de un vocabulario completo y de una gramática de la lengua vilela, obras ambas que todavía esperan el honor de su publicación.

La labor de Balmori se multiplicaba en Resistencia más allá de las investigaciones lingüísticas. En los cursos de perfeccionamiento para los maestros chaqueños, en los cursos oficiales de la Escuela de Humanidades, en aquella benemérita institución de cultura chaqueña que es el "Fogón de los Arrieros", su palabra jovial y sesuda cautivaba a los oyentes que se convertían en círculos cada vez

más anchos de amigos. Dictaba clases regulares sobre gramática estructural, exponía sus investigaciones en lingüística, enseñaba metodología de la filología a los profesores de la Escuela, y asesoraba en la enseñanza del latín y de la literatura a los mismos profesores.

Pero, sin descuidar esa múltiple y fructífera tarea académica, Balmori sabía proyectarse en otras dimensiones humanas, en las que se mostró con desbordante generosidad: la amistad y la solidaridad. Su presencia, de verdadero maestro, tan capaz de impresionar por su austeridad y su saber, lo era también de suscitar simpatía y cordialidad. Y en la misma ciudad de Resistencia, a más de mil kilómetros de La Plata, habíamos ido constituyendo con él, espontáneamente, una comunidad espiritual animada también por un vibrante fervor constructivo. Entre los miembros de esta comunidad, unidos al recuerdo imborrable de Balmori, no puedo dejar de mencionar en solidario homenaje evocativo, a Carlos Schenone, Augusto Tapia, Alfredo Siragusa, Angel Cabrera, Saúl Yurkievich, Guido Miranda, Antonio Sidoti, Juan Cuatrecasas, Luis María Ravagnan, Amelia Sánchez, E. Guillén, E. G. Thiele, Hilda Torres Varela, Norberto Rodríguez Bustamante, Alfredo Veiravé, Emma Minuto, Telma Reca, Ivar Dahl, Salvador Bucca, que formaron el clima propicio para la fecunda actividad científica de Balmori.